



Ejercicios de memoria

Una conversación con Julio Carrasco¹
(14 de marzo de 2023)

por Paola Zoppi

JULIO CARRASCO (Santiago de Chile, 1969) es poeta, novelista, músico e ingeniero civil. Debido al exilio político de sus padres, ambos militantes en el MIR, vivió en París y en La Habana. Publicó su primera colección de poemas *–El libro de los Tiburones–* en 1995. Junto con José Joaquín Prieto, Cristóbal Bianchi y Santiago Barcaza en 1996 fundó el Colectivo Casagrande, que a lo largo de sus casi treinta años de actividad realizó distintas intervenciones artístico-performativas, como por ejemplo los ‘Bombardeos de Poemas’ que tuvieron lugar en Santiago de Chile (2001), Dubrovnik (2002), Guernica (2004), Varsovia (2008), Berlín (2009), Londres (2012) y Milán (2015). Además de su trabajo con el Colectivo Casagrande, Carrasco es el cantante de la banda Los Muebles, y también contribuyó a varias bandas sonoras cinematográficas.

En la víspera del golpe del 11 de septiembre de 1973, Julio Carrasco era poco más que un niño. Lo que queda en sus recuerdos de estos años trágicos son un sueño premonitor, la figura de su padre (militante del MIR) y la lejanía de Chile –viviendo primero en París y luego en Cuba–, que le entregó una ambivalencia tanto lingüística, como de

¹ La entrevista aquí publicada se realizó en el marco del “Seminario de literaturas hispanoamericanas” organizado por la Università degli Studi di Milano y el CNR-ISEM. Las preguntas fueron formuladas en italiano y traducidas por Federico Cantoni, quien también estuvo a cargo del trabajo de edición de la publicación de la entrevista.



pensamiento: el golpe le “hizo aprender a pensar como francés y luego aprender a pensar como cubano”, comenta Carrasco. En esta entrevista he preguntado a Julio Carrasco cuál es la verdadera herencia que el golpe dejó a las generaciones que vivieron los Setenta y a aquella que crecieron a la sombra de una larga fractura histórica. Una fecha más importante que la de su cumpleaños, dice el autor y artista chileno, pero ¿cómo se puede contar hoy el golpe? ¿cómo explicar a las nuevas generaciones lo que pasó y cómo pasar la antorcha de la memoria? A partir de estas preguntas surge la entrevista a Julio Carrasco, llevada a cabo en una tardía y lluviosa primavera milanés, en las aulas de la *Università Statale*.

Paola Zoppi: Después de cincuenta años, ¿qué representa para usted, hoy, la fecha del 11 de septiembre de 1973? ¿Qué papel tuvo el golpe en su vida?

Julio Carrasco: Para mí el 11 de septiembre es una fecha que yo creo que es más importante que mi cumpleaños.

Mis padres militaban en el MIR, que era un partido que aspiraba a hacer la misma revolución que había ocurrido Cuba y que ya estaba ilegal cuando fue el golpe de estado, pero a raíz de lo que sucedió después de la represión que hubo contra todos los partidos y movimientos de izquierda.

Bueno, en mi historia personal empezamos a vivir en diferentes casas de seguridad... en casas clandestinas. Mi padre era de la dirección del MIR y mi mamá era militante. Entonces poco tiempo después del golpe de estado, digamos un año y medio después para ser más preciso, los detuvieron a los dos. Yo tuve una pesadilla recurrente en aquella época, que consistía en que llegaban unos robots de color verde oscuro a la casa y empezaban a controlarnos de una manera como extraña y nosotros empezábamos a flotar, y quedábamos toda mi familia a merced de estos robots. Entonces una noche sentí ruido en la casa, y cuando me desperté y abrí la puerta de mi pieza y vi que toda la casa estaba llena de militares que vestían los mismos colores de los robots de este sueño que había tenido yo, y entonces inmediatamente los reconocí y quedó claro para mí que la situación era grave. Me acosté en mi cama y me dediqué a escuchar hasta que vinieron a buscarme, y en ese momento mi padre, junto con otro militante –el hermano menor de Max Marambio, que después tuvo una historia paralela relacionada con Cuba– se escaparon. A nosotros nos llevaron en un Jeep militar durante la noche hasta la casa de mi abuela.

Para mí entonces ese fue uno de los momentos que recuerdo mucho, y es una de las emociones estéticas más antiguas de las que tengo memoria, porque lo que yo veía era la ciudad, que estaba acostumbrado a ver de día, y la veía de noche, completamente vacía. Una ciudad que está bullente, normalmente está bullente de actividad, verla desierta ya es una cosa, también verla de noche y por último verla en las circunstancias en las que la estaba mirando yo, que era dentro de un Jeep militar con un destino incierto. Después de un rato nos dejaron en la casa de mi abuela y allí mi madre se despidió nosotros y ella, bueno, estuvo en diversos centros de detención, estuvo en uno muy famoso que se llama Londres 38 y después en Tejas verdes.



Cuando ella salió, mi padre estaba desaparecido. Él había escapado varias veces de emboscadas tendidas por los militares... tenía varios balazos en el cuerpo, en este momento tiene cinco. Pero yo sabía que lo habían capturado y lo último que sus compañeros habían sabido de él era que estaba tirado en el suelo y lo estaban apuntando con una ametralladora, y después sintieron una ráfaga. Entonces lo daban por muerto.

Mi madre empezó, cuándo quedó libre uno seis meses después, a buscar a mi padre, e iba a todos los hospitales y las morgues. Siempre seguía encontrándose con las mismas personas. Eran todas mujeres que buscaban a sus hijos, a su marido, pero no se hablaban entre ellas porque era peligroso, nadie sabía quién era quién.

Una noche mi mamá tuvo un sueño –yo había tenido primero un sueño de estos robots ahora ella tiene un sueño– y como está buscando a mi padre, entonces sueña que el cadáver de mi padre se acerca y la viene a visitar y conversar. Ella le pregunta al cadáver de mi padre dónde está para ir a enterrarlo, y entonces él le dice, antes de despedirse: “Búscame en el cementerio de la fuerza aérea”, pero no había un cementerio de la fuerza aérea, entonces mi madre después fue el día siguiente al hospital de la fuerza aérea.

Ahí estaba mi papá y estaba vivo: había sido capturado por la inteligencia de la fuerza aérea, por suerte para él, y los ellos estaban interesados solamente en capturar la cúpula del MIR, a la que pertenecía mi padre, pero no les interesaba de yo y mi mamá. Había también una pugna entre la fuerza aérea y la DINA, que era el servicio de inteligencia del ejército, y que ellos sí atrapaban cualquier cosa, es decir cualquier tipo de militante de partido de izquierda. Entonces el servicio de inteligencia de la fuerza aérea dejó que mis padres se fueran porque ellos tenían como la esperanza de que a través de mi mamá... yo sabía que mi papá le iba a dar alguna instrucción a mi mamá para que las transmitiera a la dirección, y entonces a través de eso ellos esperaban llegar al resto de la dirección del MIR, que estaba en la clandestinidad. Sucedió que mi mamá transmitió instrucciones, pero no capturaron, por lo menos no de esa manera, a la dirección del MIR, y entonces después, justamente como había una rivalidad entre la fuerza aérea y la DINA, la fuerza aérea le comunico a mi mamá que la DINA la iba a capturar, y entonces que teníamos que irnos del país, y nos fuimos. La fuerza aérea no es que fueran buenas personas tampoco, lo hacían por este tema de rivalidad que tenían y bueno mi padre, en el tiempo que estuvo ahí, sufrió el mismo destino de tantos otros, que fue la prisión y la tortura. Hubo casos emblemáticos de personas que murieron en la tortura de la fuerza aérea, como por ejemplo el padre de la expresidenta Michelle Bachelet.

De una manera eso, después para mí y mi historia personal, hizo que nos fuéramos a vivir tres años a París. Luego, mi padre fue liberado y llegó a juntarse con nosotros, pero él tenía una bala en una pierna y entonces hubo dos razones, primero que la dirección del MIR se trasladó a La Habana y también de que ahí había mucha experiencia en el tratamiento de heridas de guerra. Entonces fuimos para allá y allí se terminó operando y finalmente nos quedamos quince años en Cuba.

Entonces para mí el golpe de estado decidió que yo creciera en otros países, me hizo –como pasé la edad que tenía cuando estuvo en Francia– me hizo aprender a



pensar como francés y luego aprender a pensar como cubano. Este es el lado positivo, que ahora tengo la habilidad de pensar como persona de diferentes nacionalidades. Y por otro lado el golpe de estado, en lo que respecta a mi trabajo artístico, si se quiere también lo definió completamente, porque lo marcó, porque todo el trabajo que he hecho relacionado con la performance y las artes visuales ha tenido que ver exclusivamente con el golpe de estado. Yo sé que hay nuevas generaciones que están tocadas por acontecimientos posteriores como el estallido social que ocurrió en 2019, y que tienen otro discurso, otros relatos, pero toda la sociedad chilena está atravesada por el golpe de estado de 1973, y el hecho más ejemplificador a este respecto es que, en las manifestaciones de 2019, lo único que explica que tantas personas hayan perdido ojos en la represión es justamente que la policía actual de Chile es la misma policía que rigió durante toda la dictadura, y que no ha sufrido cambios estructurales de ninguna clase. Entonces para Chile sigue siendo una... yo diría que es la fecha más importante de la nación desde que se formó, porque aún ahora que se van a cumplir 50 años del golpe de estado sigue siendo un tema doloroso, a pesar de que ya existe un mayor consenso a nivel ciudadano con relación a los acontecimientos de esos años, y a pesar de que Pinochet no es visto como un héroe por un sector de la ciudadanía que solía percibirlo así hacia algún tiempo.

Paola Zoppi: Según usted, con respecto a la sociedad hodierna, ¿cuál es la herencia más grande y profunda dejada por el golpe en Chile?

Julio Carrasco: Yo diría que la herencia del golpe ha ido cambiando a lo largo del tiempo. En un momento, cuando volvió la democracia, era miedo, la herencia del golpe era miedo. Ahora, en lo que respecta a mi generación era más bien rabia... era miedo con relación a las personas que habían vivido el golpe, para la generación posterior era un sentimiento de rabia que se extendió durante todos los años '90, porque veíamos que Pinochet estaba libre e incluso en Chile durante los primeros años de regreso a la democracia se percibía cómo actitudes de mal gusto al recordar las violaciones a los derechos humanos... no se podía hablar de eso, no había espacio en la prensa para hablar de eso, se protegía a los violadores de los derechos humanos, y por esa misma razón en la generación de los '90, en el ámbito de la literatura, nunca hubo una especie de grupo o de consenso estilístico, es una teoría que tengo yo, sino una explosión de estilos diferentes a pesar de que compartíamos los mismos bares y nos juntábamos, éramos como un grupo humano en el cual nos conocíamos todos y teníamos muchas relaciones, pero surgieron muchos tipos de escritura que eran muy disímiles entre sí. Yo creo que fue por eso, porque no había un espíritu como un gregario o colectivo, y por eso a mí me sorprendió mucho cuando me vi como formando parte de un colectivo literario, porque nunca pensé que eso fuera a ser posible, no estaba ni en mis planes, ni en mis deseos.

Esta herencia del golpe de estado, a medida que pasó el tiempo, se fue asimilando, y fue muy importante que Pinochet estuviera detenido en Londres, porque eso provocó una reflexión a nivel nacional acerca de cómo era percibida la historia dentro y fuera de Chile, y también provocó un debate dentro del país sobre justamente lo que había



pasado en esos diecisiete años de Dictadura. Fue una especie de carnaval, una liberación. Luego vino el gobierno de Ricardo Lagos, y también fue muy importante porque él terminó con la inamovilidad de los comandantes en jefe: los comandantes en jefe de las fuerzas armadas no podían ser cambiados por él por el presidente de la república, y eso terminó con Ricardo Lagos, él terminó con esa situación. Otras cosas que hizo fue que abrió la Moneda al tránsito de las personas, y eso le dio un espíritu más ciudadano al gobierno. También creó un centro cultural frente al Palacio de Gobierno, y también creó el Ministerio de Cultura. Todos estos gestos tienen un valor simbólico importante. Tuve la suerte de encontrarme con él, con el presidente Lagos, y decirsele, de que ese tipo de medidas son un poco como las corrientes marinas: son invisibles a simple vista, pero capaces de cambiar el clima de los continentes.

Paola Zoppi: Pasaron cincuenta años desde el 11 de septiembre de 1973, los que vivieron aquellos días, los que fueron testigos directos de lo que pasó, ¿cómo pueden hoy en día contar estos acontecimientos a las nuevas generaciones? ¿Cómo se le puede pasar la antorcha de la memoria?

Julio Carrasco: Bueno, justamente con mis compañeros de Casagrande –somos un grupo de poetas que hacemos arte– nuestra intención ha sido tratar de relatar el golpe. Lo hemos hecho de distintas maneras: hicimos nuestro primer bombardeo de poemas cuando lanzamos cien mil poemas sobre el Palacio de la Moneda en 2001. También, por ejemplo, cuando bombardeamos Londres con poemas durante los Juegos Olímpicos, al reverso de los marcadores de libro donde iban impresos los poemas, si uno juntaba veinte poemas, se formaba una imagen, como en una rompecabeza, se formaba una imagen del bombardeo de la Moneda. Entonces lo que nosotros hicimos, de una manera como muy sutil, fue llevar a Londres nuestra historia.

En el mismo tiempo también hicimos un Pinochet inflable gigante. Para que las personas pudieran ver la historia fuera de ella, con desapego, y verla con cierto sentido del humor. Y era curioso que todas las personas mayores no se acercaban mucho al Pinochet inflable gigante, pero lo más jóvenes sí, se acercaban y le gritaban improperios, le gritaban insultos, pero en tono de fiesta, en tono de risa, porque ya sabían que era algo ya de lo que podían reírse y que estaba hacia atrás, o por lo menos nosotros pusimos una especie de escenario, al tener un Pinochet inflable ridículo gigante de doce metros de altura, para que eso fuera posible. Entonces, lo que se armaba ahí era una especie de performance que no era actuada por nosotros, que es algo que tienen como todas las obras que hemos hecho: nosotros pusimos una especie de instalación que provocó que las personas actuaran de una determinada manera, y en ese caso era una especie de estatua efímera, gigante, de un dictador y al que la gente se acercaba en tono burlesco. Eso fue cuando se cumplieron 40 años del golpe de estado.

También pusimos la sombra de cuatro aviones Hawker Hunter, como los que habían bombardeado la Moneda, acercándose al palacio de gobierno, como en un ejercicio de memoria, intentando paralizar el tiempo en el momento justo en que los aviones se acercaban, para que la gente no se olvidara. Luego hicimos una flota de



aviones Hawker Hunter de chocolate con la insignia de la fuerza aérea. También una manera de invitar a las personas a digerir la memoria histórica, a entenderla. Estamos también planificando nuevas acciones ahora para los 50 años y justamente esa ha sido la forma en que nosotros hemos... o estamos tratando de construir el relato del golpe de estado.

Para lo más jóvenes también es una cosa que está muy viva, muy presente. Yo no puedo decir como la viven ellos –porque ahora con el auge de las redes sociales y todo lo que ha pasado con la tecnología, todo se vive de una manera más espontánea, más rápida–, pero es una fecha que atraviesa las generaciones y que para sorpresa nuestra sigue estando presente en el discurso de los más jóvenes... cuando uno ve las movilizaciones estudiantiles está presente. Ahora, lo que yo veo que falta es un programa, porque hay un ejercicio de recuperación histórica, y tu ejercicio de recuperación histórica implica necesariamente un plan de futuro, un programa de futuro. Eso yo no podría decirlo en este momento cómo proyectan ese futuro las generaciones actuales. Yo creo que es porque estoy muy viejo.

Paola Zoppi

zoppi.paola@gmail.com